



## CAPÍTULO V

### DOCUMENTOS PRECIOSOS

**D**ESCUBIERTO el sol á través de las nubes cuando éstas se disiparon y pudo lucir aquél entre nimbos de luz y celajes de oro y púrpura, Tomás de Aquino, á pesar de su modestia, no fué ya tenido por el discípulo cobarde y de mediana talla, sino por el Aquiles fortísimo que comenzaba á recorrer con aires de triunfador los campos anchurosos de la ciencia y las sendas pacíficas de la virtud.

Desde que el Maestro Alberto se convirtió en panegirista de su discípulo Tomás, adquirió éste una resonancia extraordinaria, y los templos de Minerva comenzaron á disputarse la honra de admitirle en sus senos, gloriándose las escuelas de poseer al que era el Ángel de la ciencia y el nuevo Salomón de la Iglesia.

Habiendo terminado Santo Tomás sus estudios en Colonia, pasó en compañía de su maestro á París, en cuya Universidad famosísima debía de recibir Fr. Alberto la investidura de Doctor, título concedido, no como hoy á troche y moche y á destajo, sino sólo á ingenios preclarísimos lustre y honra de las ciencias. Santo Tomás, muy joven aún, prosiguió sus estudios en el célebre convento de *Saint-Jacques* (Santiago) que los dominicos tenían en la capital de Francia, con ciertas dependencias de la Universidad á semejanza de los Colegios mayores de Valladolid y Salamanca.

Los estudiantes del Colegio de Santiago, eran como la niña de los ojos de la Orden dominicana, su esperanza más legítima, su ilusión más dorada. Allí se formaban mejor que en los gimnasios de los griegos, los nobles soldados que habían de reñir más tarde las batallas del Señor. Y entre los genios que la Orden de Predicadores educaba en París, el Ángel predilecto, el Benjamín querido, era el joven Tomás. Criar al hijo regalado en el jardín más ameno, educar al héroe en el palenque más anchuroso, abrir ante los ojos del genio el horizonte más risueño y de innumerables luces adornado, fué el empeño constante de la Orden de Predicadores que veía en Tomás la flor y la perla más preciada de su corona y que esperaba que el solo nombre del nuevo Ángel de la ciencia,



iba á comunicar lustre perdurable y honor eterno á la historia de esa Religión que cuenta sus grandezas y sus héroes en número incalculable como las estrellas del cielo y como las mariposas en el florido Mayo.

En las aulas parisienses, fué Santo Tomás lo que había sido en Colonia, en Nápoles, en Monte Casino y en Roca-Seca: un serafín de caridad y un querube de ilustración y de sabiduría. Sus virtudes le granjearon el aprecio y las simpatías de todos los maestros y compañeros; sus talentos cada vez más sorprendentes, le hacían digno de la admiración y del elogio universal. Y era tan hermosamente grande y profunda su modestia, tal su candor de ángel y su compostura religiosa, que mientras él más se ocultaba y escondía temeroso de perder con los aplausos su mérito, más de punto subía el aprecio en que era tenido y más le inundaba el Señor con sus dones descendiendo sobre Tomás la gracia y la sabiduría como dos torrentes caudalosos que le llenaban el alma y le arrebatában el corazón.

¡Oh, y quién pudiera levantar cuando menos por una puntita el velo con que la historia, no siempre cuidadosa de los héroes, nos encubre con su silencio el brillo purísimo con que resplandeció el joven angélico en sus estudios de París!... ¡Quién pudiera haber visto algo de las maravillosas ha-

zañas que en el silencio y en el retiro del claustro realizó el atleta de la verdad y que pusieron en admiración á los mismos coros celestiales!... ¡Dichosa la soledad en que floreció tal vástago!..... ¡Dichosa la celda que sirvió de habitación al genio inmortal y dichosas las tablas que pisaron las plantas del varón prodigioso y los papeles en que se grabaron las ideas de su mente singularísima y el hábito que cubrió el cuerpo inocente y virginal del casto joven dominico!!

Mas ya que la historia ha sido ingrata, y la nación de San Luis ha profanado en la más formidable de las revoluciones la casa bendita de Santiago en que vivió el coloso de la sabiduría, leamos para consuelo y lección fecundísima, una carta de Santo Tomás dirigida á un amigo suyo novicio de la Orden dominicana. Ese documento suplirá concreces la incuria de los hombres y nos servirá de huella de luz vivísima con que clarearemos algo de la perfección consumada de su autor cuando se educaba en el Convento de París.

La carta dice así (1):

(1) «Quia quaesisti a me in Christo mihi charissime Joannes, qualiter te studere oporteat in thesauro scientiae acquirendo, tale a me tibi super hoc traditur consilium, ut per rivulos non statim in mare eligas introire, quia per facilliora ad difficilliora oportet devenire. Haec est ergo monitio mea et instructio tua: Tardiloquium te esse jubeo, et tarde ad locutorium accedentem; conscien-



«Ya que me preguntas, carísimo en Cristo, Fray Juan, de qué manera debes estudiar para adquirir el tesoro inapreciable de la ciencia, he aquí el consejo que sobre todo te quiero dar: No pretendas enfrascarte de improviso en el océano, sino que por grados has de llegar á las cosas más difíciles después de haber discurrendo por las más fáciles y accesibles. Esta es mi amonestación y quisiera que fuese tu enseñanza.

Te aconsejo que seas tardo en el hablar y que siendo enemigo de la locuacidad, consigas por este medio la pureza de conciencia.

No abandones jamás la oración; sé amigo del retiro y de la celda si es que desees entrar en el santuario regalado del Esposo.

*ciae puritatem amplectare; orationi vacare non desinas; cellam frequenter diligas, si vis in cellam vinariam introduci. Omnibus te amabilem exhibe; nihil quaere penitus de factis aliorum; nemini te multum familiarem ostendas, quia nimia familiaritas parit contemptum et subtractionis a studio materiam subministrat. De verbis et factis saecularium nullatenus te intromittas. Discursus super omnia fugies. Sanctorum virorum imitari vestigia non omittas. Non respicias a quo audias; sed quidquid boni dicatur memoriae recommenda. Ea quae legis et audis fac ut intelligas; de dubiis te certifies, et quidquid poteris, in armariolo mentis reponere satage, sicut cupiens vas implere: altiora te ne quaesieris ... Illa sequens vestigia, frondes et fructus in vineam Domini Sabaoth utiles, quando vitam humeris proferes ac produces: haec si sectatus fueris, ad id attingere poteris quod affectas.» (Opuscul. 68 m. De modo acquirendi scientiae.)*

Muéstrate amable con todos; no te hagas fiscal de las acciones del prójimo; no te domestiques demasiado con ninguno, porque la familiaridad excesiva engendra el desprecio y arrebatada al estudio y á la ocupación un tiempo precioso: no te entrometas en los negocios seculares, sean de palabra ó de obra.

Huye del zarandeo continuo como del mayor de los males; imita con fervor el ejemplo de los Santos y de los justos, y sin mirar á quién lo dice, recoge cuantas cosas oigas para tu aprovechamiento espiritual.

Todo lo que hagas, ejecútalo de modo que comprendas y te des cuenta de tus acciones; certíficte en lo posible en las dudas; como laboriosa hormiga trabaja por reunir en tu granero todo lo que pueda ser útil y provechoso, y como el que mide con buen tino la capacidad de un vaso, no busques para tí lo que no has de poder alcanzar.

Si estos consejos practicas, serás en vida una planta hermosa que producirá copiosas hojas y frutos de bendición en la viña del señor de Israel, y siguiendo estas máximas, alcanzarás el bien por el que suspira tu corazón.»

Tal es la carta preciosa de Santo Tomás cuando joven aún de dieciocho años estudiaba en París. Sus consejos son hermosos en alto grado y ellos deben ser el norte y la guía de la juventud



estudiosa. Con letras de oro y de diamante debieran llevar escritos los jóvenes estos consejos del angélico Preceptor y seguramente que ellos formarían el mejor plan y reglamento de enseñanza con que se educaría muy á lo cristiano y á lo serio á tantas cabezas huecas por falta de ideas y á tantos corazones entecos por falta de enjundia y de virtud sólida y verdadera.

*No pretendas, dice el Santo Doctor, entrar de improviso en el abismo, sino que has de llegar gradualmente á las cosas difíciles después de bien conocidas las fáciles.*

Y ¡cuántos jóvenes se acreditan de fatuos y se ponen en evidencia por no seguir esta máxima y pretender discutir á roso y veloso en las cuestiones más intrincadas y abstrusas!..... Por no confesar su incapacidad como el bueno de Sancho que al cabo era humilde, arremeten muchos barbilucios con gran fiereza y sentencian con diputadesco aplomo sobre las materias más difíciles, y como no poseen los principios más rudimentales de la lógica y á veces ni saben acentuar las esdrújulas, metidos en un atolladero sin salida posible, barbarizan á más y mejor y se descuelgan con cada sandez que es una lástima y compasión el oírlos.

*Te aconsejo, añade el Doctor angélico, que seas tardo en el hablar y que aborreciendo la disipación, consigas por este medio la pureza de conciencia.*

No hay, en efecto, virtud más simpática que el silencio y la modestia. El joven charlatán, el estudiante parlanchín á quien toda la ciencia se le va por la lengua, no será jamás un pozo de sabiduría, puesto que la sabiduría verdadera es humilde y callada, y, como dice el refrán castellano, *el buen paño en el arca se vende*. La mercancía que se cacarea á todo viento, no será más que una barajita ó un juguete; el estudiante que habla mucho, no será más que un títere científico que se cree en algo no recordando que, como afirmaban los antiguos latinos, para ser filósofo, es preciso callar. (*Si tacuisses philosophus mansisses*), y que como cantaba el poeta español, los sabios marchan siempre por sendas escondidas y sin ruidos. La misma Escritura nos dice, que en el silencio y en la esperanza, está nuestra fortaleza (*In silentio et in spe, erit fortitudo vestra.*) Por no seguir esta pauta y desear con preferencia el bullicio y el guitarreo y la algazara y la disipación, muchos jóvenes incautos ó jaraneros acaban por perder, no ya el curso y las lecciones de las aulas, sino lo que más importa, la flor de la pureza, la inocencia del alma y del corazón. Avezados á no refrenar la lengua, habituados á seguir las bromas y las humoradas de sus compinches, va poco á poco emponzoñándose el espíritu, y el joven que cuando era humilde y callado, le vimos sabio y querido



de los buenos, cuando se tornó vacío de cascos y lenguaraz, le vemos disipado y holgazán, sin importarle un rábano por los estudios, haciendo befa de las cosas santas, aplaudiendo con los gacznápiros á *Electra* ó al himno de Riego..... y quizás vendiendo su alma hermosa y con ella su candor, én lugares infames donde los ángeles no han podido entrar jamás.

*No abandones nunca la oración; sé amante del retiro y de la celda si deseas entrar en el Santuario regalado del Esposo.*

No pretende el angélico Maestro que el estudiante se convierta en un cenobita ó en un fraile descalzo ó cartujo y se pase los días de turtio en turbio y las noches de claro en claro sumido en la oración y en la mística; sino que advierte con suma prudencia á los jóvenes la necesidad ineludible que tienen de levantar muy de continuo el alma y el corazón al cielo pidiéndole ayuda y amparo en los múltiples vaivenes de la vida. La oración, que no es más que una súplica amorosa dirigida á la Divinidad, si á todos es necesaria, porque todos nos hallamos pobres y alcanzados de bienes que sólo de Dios pueden venirnos, es tan precisa como el pan á los jóvenes que colocados en el golfo de tantas pasiones y en el laberinto de tantísimos encantos que les ilusionan, por fuerza han de volver los ojos y el corazón al cielo, exclamando con San Pedro: ¡Sálvanos, Señor, pues andamos á punto de sucumbir!.... Y sucumbirán sin duda los jóvenes atolondrados que por la oración no alcan hacia Dios su alma suplicante.

*Muéstrate amable con todos; no fiscalices las acciones del prójimo, ni te domestiques demasiado con ninguno, porque la familiaridad excesiva engendra el desprecio y arrebatá al estudio un tiempo inapreciable.*

Este consejo es de perlas. En él nos avisa el angélico Maestro la amabilidad con todos ya que la educación y la virtud lo exigen, y no puede ser sino un fatuo insoportable el que con aires y paquete de ilustrado ó erudito, mira á los demás de socapa y de través como si su personalidad fuese un ídolo á quien estuviésemos obligados á incensar los demás mortales. La amabilidad es signo de nobleza en el corazón, y el ser hurraño, desabrido y fosco en el trato, es garantía segura de muy poco meollo ó de grandísima hinchazón y vanidad, que en buena plata, suman hojarasca, morralla y oropel. Aconséjanos además el Santo Doctor, que no fiscalicemos las acciones del prójimo, puesto que no es mística ni llega á mera ascética, ni pasa de puerilidad temeraria, el afán de muchos que sin otra ocupación seria y grave, pasan todo el santo día trayendo y llevando cuentos, chismes y enreudándolo todo, poniendo en berlina á los de-



más y que si fulano dijo, y si zutano hizo, y si pe-  
rengano ni dijo ni hizo, y si el de acá habló, ó si  
el de allá no habló y zumba que dale como si  
ellos solitos (los chismosos) fueran los buenos y  
los escogidos, y los demás fuésemos los menteca-  
tos y míseros publicanos. Y añade Santo Tomás,  
que aunque la amabilidad sea una virtud muy  
loable cuando se mantiene en sus límites, el ser  
excesivamente amable y empalagoso, produce el  
desprecio, porque no hay aburrimiento compara-  
ble al que causa el tipo super-fino y acaramelado  
que por fas ó por nefas se empeña en comunicarse  
y derretirse y meternos por gracias y donaires,  
mil insustancialidades y groserías. Y además de  
este desprecio que produce la familiaridad exage-  
rada, el domesticarse demasiado con determinadas  
personas, roba un tiempo precioso que pudiera  
aprovecharse con suma utilidad, y entretiene á la  
mente y al corazón con ideas y afectos no siem-  
pre llenos de la pureza y de la moralidad cristia-  
nas. Déjese, pues, el jóven de ser vano y orgullo-  
so; no se entrometa en las acciones ajenas, y no  
se derrame demasiado en amistades livianas y pe-  
ligrosas, y así ganará en reputación y honradez  
y podrá dedicarse con más holgura y aprovecha-  
miento al estudio sereno de las ciencias que necesi-  
tan mucha fijeza y un entendimiento muy despier-  
to y nada embotado ni lleno de malos humores.

*Huye del zarandeo continuo como del mayor de  
los males; imita con entusiasmo los ejemplos de los  
santos, y sin mirar á quien lo dice, aprópiate to-  
das cuantas cosas buenas oigas.*

No hay, en verdad, nada más contrario á la  
quietud pacífica de las letras y del aprendizaje  
científico como el andar de acá para allá ex-  
pontaneándose en exceso y brujuleando sin sosie-  
go en busca de reposo y de descanso. El joven  
escolar que mariposea sin fundamento y no sabe  
estarse sobre los libros un día y otro día para sor-  
prender en sus páginas los tesoros de verdades en  
ellas encerradas, jamás logrará posesionarse de la  
ciencia, ni hará otra cosa en sus estudios que  
orearse á los cuatro vientos como ropa con poli-  
lla sin encontrarse en las plazas y encrucijadas, en  
los cafés ó en los corrillos, con la mina fecundísi-  
ma de la sabiduría que no halla sino el que á imi-  
tación del poeta, desea vivir en sí mismo y

gozar quiere del bien que debe al cielo,

á solas sin testigo,

libre de amor, de celo,

de odio, de esperanza y de recelo (1).

Este deseo nobilísimo de quietud y de paz, de-  
be procurar adquirirlo el estudiante con el recuer-  
do de los pocos sabios que en el mundo han sido,  
y como ellos, ha de trabajar sin descanso para en-

(1) Fr. Luis de León.



riquecerse y abastecer sus facultades con el estudio de la verdad, convencido de que, como decía Santa Teresa de Jesús: *Buenas son las letras para todo y cuantas más mejor.*

*Todo lo que hagas, óbralo de manera que comprendas y te des cuenta de tus acciones: certíficte en lo posible en tus dudas.*

Si la adquisición de las ciencias, fuese una quíscosa y un vano pasatiempo de niños, pudiera disculparse la ligereza con que muchos estudianillos al uso miran los libros y el curso de sus carreras. Mas como afortunadamente no es así, y como al contrario, el estudio, en frase de Cervantes, y el ser eminente en las letras cuesta tiempo, vigiliás, hambre, desnudez, vagidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas á estas adherentes, preciso es que todo el que de veras quiere hallar el secreto de la sabiduría, estudie con avidez y sin perezas y procure no pasar por las hojas, como el gato por las ascuas, sino entender á fondo el sentido de lo que lee ó estudia, para que así logre adquirir la ciencia sólida y verdadera que es un conocimiento cierto y evidente y no ya sólo un rasguño ó arañazo de las cuestiones con que muchos pretenden sentar plaza de eruditos y sabiondos, no siendo más que histriones y payasos de la ciencia que cuando es verdadera no es vana ni aparatosa.

*Trabaja por recoger en tu inteligencia todas cuantas verdades se te ofrezcan y veas que pueden serte útiles; y como el que conoce la capacidad de un vaso, no suspires por lo que no has de poder alcanzar.*

La observación constante y la profunda reflexión acerca de todo cuanto se desenvuelve en torno de nosotros, son manantiales abundosos de conocimientos y de ilustración. El joven que todo lo toma á cuento de risa y discurre y se mueve sin darse cuenta de los hechos que se verifican en torno suyo, ó es un babeiaca ó un sin juicio y de todas maneras, una vulgaridad que nunca será contada en el número de los sabios y de los genios. Procure además el joven estudiante conocerse á sí mismo, con lo que tendrá la llave de su verdadero engrandecimiento y progreso, y no se enfrasque sin conciencia de sus alcances en materias que no posee y en asuntos que no haya meditado, para que resplandeciendo la modestia como fondo de todas las acciones, sean éstas dignas de un verdadero filósofo ó amante de la sabiduría y se ofrezca esa misma sabiduría orlada por la piedad cristiana, pues ya dijo muy bien un clásico español que «las letras sin virtudes, son perlas en un muladar». (1)

¡Oh si los estudiantes del día meditasen estos

(1) Cervantes.



hermosos consejos del Ángel de las Escuelas!... ¡Oh si los que se juzgan por pedagogos de la juventud y regeneradores de la instrucción, pensasen con espíritu imparcial en esas máximas sublimes del angélico Doctor!.... Otros serían entonces los discípulos que aprendiesen las verdades y muy distintos los maestros que enseñasen las ciencias. No habría tanta superficialidad en las escuelas públicas, tanta farándula en los centros oficiales, tanta indisciplina en las aulas, tanta ignorancia en los que llevan las bridas de la cultura de los pueblos y tantísimo charlatán en todas partes brillando por su ausencia la razón, la sindéresis y hasta el sentido común.



## CAPÍTULO VI

EL ANGÉLICO MAESTRO

**T**RES años estuvo Santo Tomás en los estudios de París. Al cabo de ellos y terminado el trienio reglamentario con el aprovechamiento que se deja suponer y que apenas puede explicarse, marchó de nuevo el joven Tomás en compañía de Alberto el Magno á la Escuela de Colonia donde la Orden Dominicana tenía uno de sus centros generales de enseñanza y del cual acababa de ser nombrado Regente el Maestro Fr. Alberto (1).

(1) Tenía la Orden de Predicadores por entonces (1248) cuatro centros de Estudios generales descontando el de Santiago de París. Uno de esos Colegios estaba en Bolonia y era centro de estudios para la Provincia de Italia; otro se hallaba en Montpellier y pertenecía á la Provincia de Provenza; el tercero era centro de la Provincia de Inglaterra y se encontraba en Oxford, y el último era el de Colonia de la Provincia de Alemania.